

Fimáika úai: hacia una pedagogía de la palabra dietada

Maribel Berrío Moncada



Licenciatura en Pedagogía de la Madre Tierra. Facultad de Educación Universidad de Antioquia. Foto: Juan David Martínez.

Tardé varios años en entender que hay que dietar la palabra, o como dirían las abuelas múrui-múina de La Chorrera del Amazonía colombiano, “ebúño, úai fimáika”, “hermana, la palabra se dieta”. En los tiempos que vivimos es desconcertante detenerse a reposar los pensamientos, las emociones y las palabras. Los tiempos lentos ahora son actos de insurrección. La ligereza de las conversaciones que tenemos, el poco nivel reflexivo y analítico de los eventos que nos ocurren, la incapacidad de detenernos genuinamente a escuchar a nuestros interlo-

cutores responde a las temporalidades del automatismo que aprendemos y consumimos a diario en redes sociales, en plataformas *streaming*, en el uso de inteligencias artificiales.

Nos ha resultado fascinante ver cómo la combinación de algoritmos en segundos genera, clasifica y realiza tareas que a los humanos nos costaría mucho tiempo y paciencia. Nos parece práctico que la IA realice escritos automáticos para nuestros mensajes en WhatsApp, correos electrónicos,

textos académicos, sin que las respuestas pasen por nuestro discernimiento, cuidado y acompañamiento. Cada día, la palabra parece estar mucho más despojada de su potencia creativa, estimulante e inquietante. Aunque, paradójicamente, percibamos que estamos en el momento de mayor democratización de la expresión, no sabemos ahora quién nos escucha y responde.

No quiero dar la sensación, con lo hasta aquí expresado, de una negación de las bondades de estas nuevas tecnologías. Bien sabemos de sus beneficios, por ejemplo, para optimizar procesos, disminuir riesgos y tiempos, para contribuir a la accesibilización y la eliminación de barreras. Pero si le contáramos a una abuela múrui-múina de los usos de estas herramientas y el desarraigo con la palabra, nos diría que nuestra comunicación es “táino úai”, es decir, con palabras vacías, sin espíritu.

Las culturas ancestrales saben muy bien las implicaciones y responsabilidades que tiene la palabra pensada, sentida y pronunciada. Para los pueblos originarios comunicarse no se trata solo de emitir mensajes claros y rápidos. La palabra tiene poder, por lo que debe dietarse. Entre los múrui-múina la palabra dietada, *úai fímáika*, es uno de los procesos formativos más largos y fundamentales durante la vida. En sus prácticas rituales y en sus formas poéticas encontramos claves valiosas para devolverle a la palabra su fuerza humanizante.

Para hablar de cómo se podría retornar al terreno fértil de la palabra, es decir, a actos genuinos y honestos con el lenguaje, la obra poética *Dióna komúiya úai* (palabra de germinación del tabaco) de la tradición múrui-múina, editada por primera vez en el 2024 en una versión bilingüe (mínika -

español) por el investigador Nónui Jitóma, abre una perspectiva inédita debido a que el origen de la planta de tabaco, *dióna*, es la que nos recuerda, entre otros asuntos, la importancia de las etapas de maduración del lenguaje. En el uso ritual, la planta de tabaco se ingiere, en forma de *yéra*, *ambil*, o *yerabi*, tabaco líquido, para que la palabra germine en aliento de vida. La palabra da materialidad a lo imperceptible, trae al presente el pasado y el futuro.

A través del *yéra* o *yerabi*, se nos recuerda que la palabra que se va a compartir debe ser prudente y afín a las cuestiones que se formulan durante el diálogo; nuestra palabra debe haber pasado por un filtro que sanee la rudeza, la ofensa y la necedad. Los abuelos Nónuuiyi y Nónuigido, narradores del *Dióna komúiya úai*, sintetizan al inicio de esta obra milenaria las fases que el tabaco transitó para su germinación, y este proceso formativo de una planta también nos enseña cómo hay que dietar la palabra.

Esta obra ancestral de realización colectiva y llena de matices sonoros nos presenta con intensidad y contundencia las etapas de maduración de la palabra como un acto paciente y reflexivo. Lo primero que se nos indica es que la planta/lenguaje tiene “úa komúiyano”,¹ tiene “en verdad un *estado y lugar de germinación*”.² La palabra, al igual que el manejo de la semilla del tabaco, requiere de una preparación específica según los momentos de germinación; requiere del análisis de las condiciones del lugar en el que se va a poner la palabra porque lo expresado tiene la capacidad de interferir, crear o transformar al territorio o al interlocutor en el que se deposita el mensaje.

Incluso la palabra se siembra o tiene repercusiones en quien la ha pronunciado. El



Licenciatura en Pedagogía de la Madre Tierra. Facultad de Educación Universidad de Antioquia. Foto: Juan David Martínez.

efecto de lo dicho se produce en muchas direcciones. De ahí que haya que revisar en qué estado se encuentran las emociones, la salud física y mental, y los conocimientos de los participantes del diálogo. En el relato a esta exploración se le nombra “úa úño-ga”,³ el cuidado verdadero que se debe tener con las intenciones y las energías que se trasladan a los otros a través del lenguaje.

Cualquiera que sea la plataforma comunicativa que empleemos, la palabra puede salir enlodada y en vez de orientar y conectar, crea fricciones, violencias o malentendidos. De ahí que dietar la palabra requiera de “úa finóka”,⁴ de una preparación disciplinada. Pero ¿cómo se prepara la palabra? Para los múrui-múina, siguiendo las comprensiones que nos brinda el origen del tabaco, la adecuada preparación se logra transitando

por distintos estados y lugares, escuchando, observando y tejiendo con los lenguajes y saberes de muchas especies.

Antes de ser planta, el tabaco fue “ikogize”,⁵ escama de variados tipos de peces con quienes aprendió de lo acuático y fluido, de sus formas de respiración y de consecución de alimentos, de los sonidos y misterios del territorio. Luego el tabaco fue germinando en “bánoi”,⁶ en hígados de mamíferos de distintos tamaños, aprendió de sus conocimientos y habilidades, aprendió del hígado a eliminar las toxinas innecesarias para su surgimiento. Así fue como el tabaco finalmente creció y “námiena komuide”,⁷ y se formó completamente como planta.

El tabaco no habría llegado a ser lo que es sin antes aprender de otras formas de vida,

sin entender sus lenguajes y sin transitar sus lugares de germinación. Esto quiere decir que “ha dietado para germinar bien. En este momento ya ha aprendido de todas las especies”.⁸ De esta misma forma, cuando se palabrea, se traen al presente las memorias antiguas de otras especies y personas que nos precedieron. Al expresarnos, se activa la experiencia con vidas pasadas que cobran sentido en el presente porque nos orientan en el relacionamiento interecosistémico.

Pero la preparación de la palabra no termina solo con nuestra formación personal, familiar, académica y espiritual. La palabra curativa y abundante se logra cuando “nabáñoga”;⁹ es decir, cuando se complementa con las experiencias de otros. Cuando nos disponemos al diálogo, la palabra vuelve a resignificarse y transformarse, porque los otros traen a la vez un acervo de ideas y sentidos profundos derivados de sus trayectorias vitales.

Nadie llega despojado de sabiduría durante un encuentro con la palabra, y nadie se va igual cuando la palabra se ha desautomatizado. Nuestro decir se vuelve consciente y adecuado con las circunstancias si nos disponemos a la escucha paciente de quien nos habla, cuando sabemos comprender la implicaciones afectivas que contienen sus estructuras discursivas. Cuando logramos que nuestras ideas preconcebidas se detengan, para dar espacio y lugar a una nueva germinación de sentidos.

Aeste acto de humildad y de real comunicación, los múrui-múina lo nombran “úa fúite”, que se refiere a la “dimensión ética del conocimiento”.¹⁰ *Úa fúite* es la capacidad que tenemos para iniciar y finalizar el tejido de la palabra, para discernir hasta dónde es suficiente compartirla, hasta dónde eso que va-

mos a decir o a escuchar es fructífero para la vida, o al menos, aprovechable según nuestro nivel de consciencia o de saberes. No todo es necesario conocerlo ni decirlo.

La pedagogía de la palabra dietada, de la *fimáika úai*, fue una ofrenda reparadora y sanadora que pude conocer gracias a los espacios de formación del semillero de investigación *Díwer’sã: Diversidades y Saberes Ancestrales* del grupo GELCIL de la Facultad de Comunicaciones y Filología, y a los cursos de Lenguas y Culturas Ancestrales del programa *Multilingüa* de la Escuela de Idiomas de la Universidad de Antioquia.

En estos escenarios interdisciplinarios se aprende sobre el valor y la corresponsabilidad del tejido de la palabra. En el *jíbibiri*, zona verde del Museo Universitario donde se realizan las clases y los encuentros, nos juntamos para volver a los tiempos lentos, para compartir el alimento, la danza y el canto en lenguas ancestrales del Abya Yala. Entre la risa, el afecto y la investigación le devolvemos a la palabra, a nuestras palabras, su potencia creadora.

Referencias

- ¹⁻⁷ Noinuiyi y Noinuigido (2024 [1989]). *Diona komúiya úai*, grabación Fernando Urbina Puerto Milán, Amazonas, pp. 57, 62, 64, 76.
- ^{8, 9, 10} Noinui Jitóma (2024). *Dióna komúiya úai*, edición bilingüe miníka / español, GELCIL/ Universidad de Antioquia, pp. 91, 83.

Maribel Berrío Moncada es doctora en Literatura y profesora de la Universidad de Antioquia. Ha investigado, traducido y editado relatos y cantos de los pueblos ancestrales *ye’pá ma’sã*, wayuu y múrui-múina. Es autora del libro *Zíkai ráfue. La imaginación poética de los múrui-múina*, próxima publicación con la Editorial Universidad de Antioquia.